

Las relaciones político-militares en Colombia, visión de dos grandes estadistas

“La política es el arte de la controversia. La milicia, el de la disciplina”.

Alberto Lleras C., Presidente de Colombia - 1958

✦ Capitán Navío (RA)
Sergio Uribe Cáceres
Docente Departamento Armada



Foto: Andrés Piscov - SIC

El curso de las relaciones entre la máxima dirigencia política de un Estado y sus Fuerzas Militares siempre ha navegado por aguas turbulentas. Desde cuando el gran General y estratega chino Sun Tzu, 2.500 años atrás ordenó decapitar las concubinas favoritas del emperador por no cumplir sus órdenes a cabalidad, esta relación ha estado marcada por la mutua dependencia y por la recíproca necesidad pero también por la gran dificultad para mantenerse estable y delimitada en sus respectivos campos de acción.

Para mayor comprensión, Andrés Dávila Ladrón de Guevara¹ lo explica de la siguiente forma: "Las Fuerzas Armadas están sujetas a una paradójica combinación de subordinación y autonomía relativa que conduce a mantener su distancia del ejercicio directo del poder pero con una sostenida injerencia en la labor estratégica de control del orden público".²

A ese respecto afirmaba Sun Tzu, al replicarle al emperador a propósito del incidente con sus concubinas: "Habiendo recibido de Su Majestad la misión de ser el General de sus fuerzas, hay ciertas órdenes de Su Majestad que, actuando en este rango, no puedo aceptar".³

Valerosa pero arriesgada posición la asumida por el tratadista chino ante el omnipotente emperador quien a regañadientes aceptó que el legendario estratega militar –autor de El arte de la guerra– tenía la razón, entendiendo que bajo ciertas condiciones y circunstancias el jefe militar podría tomar decisiones aún en contra de la voluntad del propio emperador.

Por la descripción anterior, surge entonces el gran interrogante que ha signado

históricamente las relaciones entre civiles y militares: ¿dónde termina la autoridad civil y cuándo comienza la responsabilidad absoluta del militar al mando para tomar las decisiones? La respuesta no es fácil. Y depende en gran manera de las épocas, culturas e idiosincrasias en las que esta relación se desarrolle. Pero principalmente del grado de civilidad y de madurez política de la sociedad que la regula.

La reflexión histórica

Esparta, en la distancia del tiempo por ejemplo, no había lugar a dudas: las decisiones fundadas en lo militar estaban por encima de todo, incluso de la propia vida. El recién nacido que tuviera defectos físicos y no fuera apto para la guerra era sacrificado –de inmediato y sin remordimientos– "abandonándolo o despeñándolo desde el monte Taigeto".⁴ Extrema tradición que sin embargo produjo guerreros de la dimensión del rey Leónidas y de sus 300 héroes del Paso de las Termópilas.

En la antigua Roma, a su vez, la situación era bien distinta. Aun cuando el poderío y extensión del imperio romano dependían casi que exclusivamente de un ejército profesional, disciplinado y extremadamente talentoso, fueron sus diversas instituciones políticas (el emperador o el senado, según la época) quienes mantuvieron la autoridad civil sobre la castrense. A pesar del formidable poder militar de sus ejércitos, la incomparable civilización romana fundó su grandeza en aspectos tales como la cultura, el derecho y el respeto por la máxima autoridad política designada.

Más recientemente, los Estados Unidos pueden dar un buen ejemplo de cuál debe ser el marco que delimita las relaciones entre políticos y militares. Desde los mismos albores de la república norteamericana ha sido muy claro el mutuo respeto y la debida consideración que debe existir entre dos

.....
 " ... las
 decisiones
 fundadas en lo
 militar estaban
 por encima de
 todo, incluso de
 la propia vida".

1 Político. Doctor en Investigación en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales de México y Director Magister en Ciencia Política de la Universidad de los Andes de Bogotá, Colombia.

2 Dávila, Andrés. (1997). Dime con quién andas: las relaciones entre civiles y militares en la Colombia de los años noventa. Ponencia en el Seminario de Relaciones Cívico-Militares en la Región Andina organizado por la Universidad Torcuato Di Tella y el Instituto de Defensa Legal. Lima, Perú.

3 <http://www.empresores.com/foros/21723-conoces-sun-tzu-ejercito-de-mujeres.html>

4 http://www.cienciapopular.com/n/Historia_y_Arqueologia/Espartanos/Espartanos.php

instituciones de suyo fundamentales para la existencia de una nación.

“Un principio central de la democracia estadounidense es el control civil de las fuerzas armadas de Estados Unidos, encarnado en su propia Constitución”⁵. Sin embargo, es la relación del ciudadano del común con sus Fuerzas Militares lo que verdaderamente ha fortalecido la democracia norteamericana y el vínculo de interdependencia entre el estamento civil y el poder militar.

El pueblo estadounidense en su gran mayoría respeta, confía y admira a sus militares. Los ven como un paradigma de su sociedad, como la piedra angular en la que se apoya

.....

“El pueblo estadounidense en su gran mayoría respeta, confía y admira a sus militares. Los ven como un paradigma de su sociedad, como la piedra angular en la que se apoya su democracia. No en vano 27 de sus 44 presidentes han sido militares, muchos de ellos auténticos héroes en épocas de conflicto”.

.....

su democracia. No en vano 27 de sus 44 presidentes han sido militares, muchos de ellos auténticos héroes en épocas de conflicto. Podría incluso decirse que es casi una norma no escrita el que para ser presidente de los Estados Unidos se debe haber sido miembro destacado de sus Fuerzas Armadas.

Más cerca de nuestra región –tanto en Centroamérica como en Suramérica– el panorama no ha sido tan propicio para las adecuadas relaciones entre civiles y militares. Golpes de Estado, dictaduras, dinastías inconstitucionales, entre otras, fueron lugar común en las jóvenes naciones latinoamericanas hasta bien entrado el siglo XX. Con excepción distinguida de Colombia,

⁵ Educación sobre relación entre civiles y militares mejora la democracia. Recuperado el 3 de octubre de 2103, de <http://archives.uruguay.usembassy.gov/usaweb/2007/07-320ES>.

prácticamente todas las naciones del río Grande hasta La Patagonia padecieron este flagelo de la democracia.

De este forma, el funesto método de insubordinación que impidió el normal acoplamiento de las relaciones entre civiles y militares en Latinoamérica prosperó apoyado en la escasa cultura política de los pueblos de la época; en sus muy bajos niveles de educación; en la agresiva polarización de partidos políticos e ideologías imperantes; y en un mundo determinado por la Guerra Fría y por la contienda entre dos modos –antagónicos por antonomasia– de verlo e interpretarlo: el capitalismo y el comunismo.

Otra interesante aproximación para este análisis de las relaciones entre políticos y militares es la evidente dicotomía existente entre el poder civil y el héroe militar, causada por la supuesta amenaza que en democracias frágiles ve el dirigente político en el militar extremadamente exitoso.

Pruebas históricas se pueden observar por ejemplo en la prohibición del Senado romano a sus grandes jefes militares de entrar con sus legiones a Roma (acción que de hecho protagonizó posteriormente Julio César al cruzar el río Rubicón y pronunciar su famosa expresión “Alea jacta est”, o “la suerte está echada”, para seguir su camino triunfal hacia Roma). O que se comprueba en los fallidos atentados contra Bolívar en Jamaica y en Bogotá durante la llamada Conspiración Septembrina por sus contradictores políticos, que querían eliminar la amenaza que veían en el prestigio militar y gran ascendencia de Bolívar.

No obstante, esta situación de desconfianza en el héroe militar no se ve en democracias fuertes como la estadounidense, en la que grandes y muy exitosos jefes militares como el caso del general MacArthur se han subordinado a la autoridad civil sin producir mella ni en la organización política ni en la militar de ese país.

Con todo, es un hecho que esas relaciones han evolucionado positivamente en la gran mayoría de los países latinoamericanos. Baste citar al General de Brigada (R) Heriberto J. Auel⁶, del Instituto de Estudios Estratégicos de Buenos Aires, para sustentar esta afirmación: "Las relaciones civiles-militares en Ibero América en apariencia se han normalizado. Sin embargo, diversos hechos acontecidos en los años de la posguerra fría y posteriores, son demostrativos de las debilidades que las afectan"⁷.

En el contexto nacional

En Colombia es un ilustre y respetado estadista quien marca el rumbo de las relaciones entre civiles y militares de forma clara y contundente, pero respetuosa: el 9 de mayo de 1958 el electo presidente Alberto Lleras Camargo pronunció en el Teatro Patria de Bogotá un discurso que delimitó las relaciones entre la política y las Fuerzas Militares durante la segunda mitad del siglo

XX. Fue tal el impacto de su mensaje –y su futura influencia– que con el paso del tiempo se conoció ampliamente como la 'doctrina Lleras'.

Cincuenta y dos años más tarde, esta vez en un discurso de despedida en el Ministerio de Defensa al término de su segundo mandato, otro gran estadista y presidente de Colombia, Álvaro Uribe Vélez, resumió lo que para él deberían ser las relaciones entre el Comandante en Jefe de las Fuerzas Militares y los hombres y mujeres bajo su mando.

La gran diferencia de épocas, de circunstancias y de protagonistas no cambió sustancialmente ni el contenido ni el efecto de los mensajes. Es posible afirmar, por lo tanto, que las relaciones político-militares entre la comandancia civil y la jerarquía castrense se han mantenido en Colombia a través del tiempo y de las particularidades propias de las convulsionadas épocas que aquellas caracterizan.

El discurso de Lleras fue en esencia un acto de valor pero también una jugada política muy bien diseñada y puesta en práctica. Uno de los más grandes estadistas de la historia republicana de Colombia,

6 Director del Instituto de Polemología y Estrategia Contemporánea de la Universidad Católica de La Plata, Presidente del Instituto de Estudios Estratégicos de Buenos Aires y Vice-Presidente de la Academia Argentina de Asuntos Internacionales.

7 Auel, Heriberto. Grl. Br. (R) (2009). Relaciones Civiles-Militares, Reconstrucción del Estado y de la Defensa Nacional y Regional-Continental. Instituto de Estudios Estratégicos de Buenos Aires.



Alberto Lleras Camargo, en compañía de los altos mandos militares - 1960.

Foto: Archivo Editorial Oveja Negra.

“una voz admonitoria contra conjuras antidemocráticas”⁸, confrontó a la cúpula militar y a la oficialidad acantonada en Bogotá solo siete días después del conato de golpe militar del Coronel Hernando Forero Gómez. Con la inmensa responsabilidad, además, de iniciar como presidente uno de los periodos democráticos más controvertidos de la historia política colombiana: el ‘Frente Nacional’.

Lleras entonces debía ser quien ejecutara de manera adecuada la transición entre el régimen militar que “venía desde 1953 con los gobiernos del General Rojas Pinilla y de la Junta Militar”⁹ y la nueva democracia elegida para asegurar la alternación de los partidos políticos liberal y conservador

.....

“Otra interesante aproximación para este análisis de las relaciones entre políticos y militares es la evidente dicotomía existente entre el poder civil y el héroe militar, causada por la supuesta amenaza que en democracias frágiles ve el dirigente político en el militar extremadamente exitoso”.

.....

durante los siguientes 16 años de gobierno.

“*Sine qua non*” El fondo del discurso, la condición *sine qua non* que Lleras planteó para el óptimo desarrollo de las relaciones entre lo político y lo militar, fue instituir que estas deberían darse bajo una mezcla precisa de autoridad, respeto y gratitud. Y de separar, de diferenciar las funciones de cada institución para que cada una actuara en correspondencia con estas.

Lleras afirmó: “Los ejércitos vienen a ser el más alto, puro, noble servicio nacional. (...) Cuando las Fuerzas Armadas entran a

8 Cruz Cárdenas, Antonio (1996). *Grandes Oradores Colombianos*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.

9 Vargas Velásquez, Alejo (2006). *Alberto Lleras y los militares*. Diario El País, Cali - Colombia.

la política lo primero que se quebranta es su unidad, porque se abre la controversia en sus filas”. Es muy claro el estadista en definir al ente militar como no deliberante, separado de las lides políticas por la propia naturaleza de su función.

Pero también es amplio y generoso Lleras al declarar el sentimiento que tenían los colombianos por sus hombres de armas: “Colombia, como toda nación, pero en este momento más que cualquiera otra necesita tanto de un buen gobierno como de unas Fuerzas Armadas poderosas, no solo por su capacidad de defensa sino por el respeto y el amor que el pueblo les profesa”. Evidentemente Lleras es claro y es enfático, pero igualmente es afable y respetuoso en la transmisión de su mensaje.

Ahora bien, la forma escogida por el presidente Lleras para dirigirse a las Fuerzas Militares que lo acompañarían en su segundo mandato no fue casual ni mucho menos improvisada. Alberto Lleras fue el conocedor por excelencia del pueblo al que le correspondió gobernar en dos oportunidades como su Presidente, y se destacó por ser un gran analista de la agitada época que le correspondió vivir.

Lleras sin duda sabía a quién le hablaba ya que conocía muy bien a los hombres de armas de su tiempo. Y así lo afirmaba en su discurso: “La educación del que comanda gentes de armas es excepcional, como lo es, en menor grado, la del Soldado. Nada de lo que ocurre en las Unidades militares deja de tener sentido. Todo es preparación constante para el minuto de riesgo y de muerte”.

Lleras, pues, supo encontrar la forma ideal de dirigirse a sus subordinados, ofreciéndoles el respeto y la consideración que siempre se han merecido como dignos representantes en armas de lo mejor del pueblo colombiano.



Teatro Patria en 1949

Foto: Tito J. Celis. Recuperada el 28 de agosto de 2013, de <http://www.skyscrapercity.com/showthread.php?t=299315&page=4>

El valor del paralelo discursivo y la realidad política

Cinco décadas después —en distinto escenario y bajo diferentes circunstancias— otro ilustre presidente colombiano no cambia fundamentalmente su mensaje a los militares bajo su mando. En un país totalmente disímil en términos de modernidad, con una situación política diametralmente opuesta y con unas amenazas que evolucionaron y se hicieron cada vez más poderosas, la estructura básica de la relación entre la política y los militares se mantiene incólume según el discurso presidencial.

Se dirigía así el presidente Uribe a sus Fuerzas Militares: “Vengo a dar las gracias en nombre de la democracia, que se siente más libre frente a las garras de un terrorismo que quiso asfixiarla. (...) Vengo a expresar que me llevo un recuerdo que tiene una palabra: gratitud”. Aunque el discurso de Uribe es más coloquial que la ilustrada disertación de Lleras, las posiciones y los sentimientos que animan a los dos presidentes son esencialmente iguales. (Y paradójicamente, no es anacrónico hoy Alberto Lleras a pesar del medio siglo que lo separa de Álvaro Uribe).

Es más, aún una interpretación exegética de los dos discursos permitiría compararlos sin dar lugar a mayor error. Como se mencionó anteriormente los dos líderes son precisos y enfáticos en la transmisión de su mensaje a los militares colombianos. Que es de aprecio, respeto, reconocimiento y gratitud. Y que les aclara que una cosa es la política y otra muy distinta la milicia.

No obstante, algunos analistas hacen una aproximación diferente a la expuesta, específicamente cuando examinan las consecuencias producidas por los dos discursos en las relaciones entre civiles y militares.

Afirman, en primer lugar, que el discurso de Lleras fue excluyente y que lo que produjo en la realidad fue un divorcio entre la sociedad civil y el estamento militar. Que los separó en lo político pero también en la práctica. Que el órgano castrense terminó refugiado en guetos militares con sus propios colegios, hospitales, clubes y barrios.

Y lo más nocivo, que los dejó solos en la responsabilidad de combatir las amenazas guerrilleras que comenzaban a arremeter contra la sociedad colombiana de la época.



El presidente Álvaro Uribe Velez
en la Escuela de Guerra - 2008

Foto: Recuperada el 28 de agosto de
2013, de [http://www.esdegue.mil.co/
node/817](http://www.esdegue.mil.co/node/817).



Es decir, como si fuera un problema exclusivo de los militares. Un asunto ajeno al compromiso de la alta política del Estado.

En segundo término, estos especialistas en la materia aseguran que el discurso de Uribe fue por el contrario incluyente. “La estructura militar no puede estar alejada de la sociedad y ese es uno de los principales logros de la política de la Seguridad Democrática, tener un Ejército en marcha haciendo parte controlada de su sociedad”.¹⁰

Sea cual fuere la interpretación más acertada, la verdad es que los dos grandes estadistas también fueron incondicionales en el apoyo que ofrecieron y que efectivamente brindaron durante sus respectivos periodos presidenciales a sus Fuerzas Militares.

Solo una gran diferencia en la forma se puede resaltar en las posiciones de los dos líderes políticos y esta es la manera que tuvieron de interrelacionarse con los militares: mientras Lleras fue distante y pregonaba la menor injerencia del conductor político sobre la gestión militar, Uribe fue cercano, incisivo y controlador. Pero respetuoso y leal: “Por

¹⁰ Montero Moncada, Luis (2010). *Las relaciones civiles y militares en Colombia. De la doctrina Lleras a la Seguridad Democrática. Memorias del Seminario 'Sociedad, Estado y Fuerza Pública'*. Bogotá.

eso, en medio de mis defectos de exigir tanto, algunas veces de llamar la atención en público, que no está bien, también asumí la responsabilidad siempre, siempre, para ser justo con ustedes y para construir confianza con ustedes (...).”

Por otra parte, si bien el entorno político que enfrentaba Lleras en el momento de dar su discurso era más agresivo que el que afrontó Uribe, las condiciones sociales que encararon los dos presidentes eran pasmosamente similares a pesar de los 50 años de supuesto progreso y evolución social que los separaba. Así se puede evidenciar en el discurso pronunciado por Lleras:

Hay en Colombia una crisis social tremenda. Se han perdido las nociones fundamentales de la vida cristiana y aun de la más elemental vida social. Hay miseria, cada día mayor porque no hay seguridad en los campos, porque el consumo baja, porque la producción no encuentra mercados amplios (...). Llevamos casi diez años de asesinatos, de combatir sin decisiones últimas, de que mueran soldados, suboficiales, oficiales de todas las armas, y millares de campesinos de todos los partidos y sin partido alguno. Se roba impunemente. Las gentes pierden sus propiedades, sus cosechas, su seguridad, y sobre todo su esperanza. Nadie cree en nadie. Todos desconfían de todos. El país es muy rico y su economía es

intrínsecamente muy fuerte, y por eso todavía hay gentes que prosperan y se enriquecen. Pero se está cavando un abismo tremendo entre los que no tienen amparo alguno y los que negocian y viven amparados. Entre la mayoría de los colombianos y la minoría. ¿Cuánto puede durar ese desequilibrio? No lo sé, pero no ha de ser mucho, si no nos dedicamos todos a restablecer la justicia, el orden, la paz, la seguridad.

Se puede recordar entonces, a manera de conclusión, que Lleras gobernó un país de 13 millones de habitantes. Uribe uno de 46 millones. Que la agitación política de la época de Lleras —que no la social— era mucho mayor que la vivida por Uribe. Que las amenazas que enfrentó el presidente Lleras eran endógenas al propio Estado, a sus partidos políticos e inclusive a sus Fuerzas Militares. Y que a su vez las principales amenazas combatidas por el presidente Uribe, tales como las guerrillas terroristas y el narcotráfico, eran exógenas a la organización estatal en sí misma.

Sin embargo, y a pesar de estas notables diferencias, tanto Lleras como Uribe se dirigieron a los militares de sus respectivas épocas de manera inteligente y respetuosa. Y ambos recibieron una respuesta del mismo tipo y tenor de sus subalternos.

No es este —el de las adecuadas y eficaces relaciones entre el líder político y el estamento militar— un asunto de menor trascendencia. Al final, es un tema de supervivencia de las propias Fuerzas Armadas y por qué no, del mismo Estado, en cuanto a su capacidad de tener unas Fuerzas de Defensa Nacional preparadas para apoyar su política exterior y para proteger la nación de amenazas externas:

Una vez una sociedad comienza a menospreciar sus Fuerzas Armadas, parece prevalecer una espiral descendente. Mientras

menos sea apreciada la función militar por el público, menos serán los hombres buenos que ingresarán al servicio. Mientras haya menos hombres buenos en el servicio, mas derogatoria será la opinión del público sobre sus fuerzas armadas —y menos será el dinero asignado.¹¹

Por fortuna, y para bien de todos, el pueblo de Colombia se lo reconoció generosamente en ambas oportunidades a sus Fuerzas Militares. Así lo afirmó el presidente Lleras con mayor claridad y belleza literaria al concluir su memorable discurso: “Pero mi voz será ahogada por el grito clamoroso de millones de colombianos saludando con júbilo a sus compatriotas armados, que les habrán devuelto a Colombia”. 🇨🇴

Referencias bibliográficas

[1] Cruz, A. (1996). *Grandes Oradores Colombianos*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.

[2] Discurso del Presidente Alberto Lleras Camargo en el Teatro Patria (1958, 9 de mayo). Recuperado el 8 de agosto de 2013, de www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/gorador/lleras.

[3] Palabras del Presidente Álvaro Uribe Vélez durante su visita al Ministerio de Defensa (2010, 27 de julio). Recuperado el 8 de agosto de 2013, de http://web.presidencia.gov.co/discursos/discursos2010/julio/mindefensa_27072010.html.

[4] Vargas, A. (2006, 1 de julio). Alberto Lleras y los militares. *El País*. Recuperado el 8 de agosto de 2013, de <http://historico.elpais.com.co/historico/jul012006/OPN/opi5.ht-ml>.

¹¹ Rosser, Richard. *CR USAF (1972). Las relaciones civiles-militares en la década de 1980. Military Review*, número 3. Fort Leavenworth, Kansas, Estados Unidos